

La locura del artista

Recuerdo que amaba mi trabajo. Mi vida consistía en hacer magia, o por lo menos, eso era lo que yo sentía cada vez que tomaba un pincel, lo sumergía en pintura y plasmaba mis ideas en un lienzo. Sentir mi mano deslizarse sobre ese lienzo en blanco era como observar a una pareja bailar de manera sincronizada haciendo trazos de líneas y formas con diferentes colores. Era una sensación extraordinaria por los tantos estímulos que sentía en ese momento... ese precioso momento.

Mi pasatiempo favorito, además de pintar, era ir a exposiciones de arte. Cada obra maestra contenía algo diferente; muchos colores, miles de tonalidades, diferentes rostros, objetos, animales y experiencias únicas que eran relatadas a través de la vista. Me gustaba ver las pinturas, pero me gustaba más ver la cara de todos los espectadores que trataban de descifrar qué historia contaba cada cuadro.

Después de cada exposición de arte, regresaba a casa lleno de energía e inspirado por todo lo que mis sentidos habían logrado experimentar. Lo único que quería era tomar mis pinceles y llenar aquel lienzo de tantos colores y formas como me fuera posible y dejar salir todo sentimiento que albergaba en mi interior. A veces ese sentimiento era alegría, a veces odio y coraje que se terminaba transformando en paz. Eso era mi terapia, era algo que me mantenía cuerdo, era mi vida entera. Recuerdo que cuando veía el reloj, ya era demasiado tarde y me iba a dormir sin importarme en lavar mis manos, cara o cambiarme de ropa. Pero esa fue la última noche... la última noche que me sentí yo mismo, que me sentí cuerdo y en paz.

Desperté y al abrir mis ojos, mi corazón empezó a palpar muy rápido. Di un brinco y salí de la cama: "¿Qué está pasando?", me dije a mi mismo, "¿Estoy soñando?" Parecía una clase de broma pesada y mi cerebro se negaba a hacer la pregunta que era inevitable: "¿Estoy ciego?". Algo extraño pasaba con mis ojos, pues todo rastro que alguna vez existió de color se había ido. Solo lograba visualizar formas, movimiento y luz. Creía que sólo era yo, pero estaba equivocado.

Fue a nivel global y hubo un shock colectivo. Los noticieros decían que había desaparecido la percepción del color. Durante la noche en la que todo ocurrió, sucedió algo que ocasionó una especie de acromatopsia en los ojos de cada persona de todo el mundo. Los médicos salieron a decir que los conos, células fotorreceptoras de la retina responsables de la visión del color, habían dejado de funcionar pero que los bastones, otro tipo de células de la retina que ayudan a la visión periférica y con poca luz, seguían funcionando. Solo podíamos ver a blanco, negro y gris.

De inmediato empezaron a circular muchas teorías; científicos explicando que no era problema biológico sino físico ya que la física de la luz se había visto alterada, pues las longitudes de onda que causaban el color habían desaparecido. Muchos otros decían que era castigo divino. Pero realmente nadie tenía la respuesta. Por más que trataron de buscar una cura o explicación no la encontraron.

La vida continuó, pero empezó a deteriorarse, pues aquellas manzanas rojas, ya no eran manzanas, los girasoles, dejaron de ser girasoles y del arcoíris nunca se volvió a saber. No recuerdo mucho después de eso, pues por lo que yo vivía, ya no existía y por más que lo intenté una pintura sin color no dice nada. Mi vida se tornó gris, pues los pinceles se encontraban en algún rincón de mi casa, los lienzos se mantuvieron en blanco y las exposiciones vacías de personas y de obras de arte.

Caí al borde de la locura al intentar mezclar mis pinturas, pero no logré ver nada diferente. No volvió a existir rastro de los colores en mi vida y eso me destruyó por completo.